

RONRONEO Y GOTÍN

Katherine Cáceres Piñaloza

kfc1992@gmail.com

Unidad Educativa Municipal Sebastián
de Benalcázar, Quito, Ecuador



En pleno casco colonial de Quito, en donde se especula que se come poquito, y si no estás *vivo vivo* posiblemente pierdas tu banquito. Ahí, entre calles empedradas y balcones antiguos, es inquilino un gato gordito y travieso llamado Romeo Ronroneo. Es un minino de patitas rosadas y acolchadas, con ojos verdes que brillan como esmeraldas y largos bigotes blanquecinos. Siempre encuentra la manera de meterse en líos, aunque lo hace con tanta gracia que nadie puede enojarse con él; sus dueños lo adoran y pasan por alto cualquiera de sus traspies.

Romeo tiene una rutina muy especial: se la pasa de siesta en siesta y por las mañanas se despeveza en su rincón favorito del balcón, observando la Virgen del Panecillo en todo su esplendor. Luego de imaginar mil y una jugarretas, se acomoda en su rascador y, cuando el sueño lo vence, se deja caer en un descanso interminable. Él parece una estatua, y si lo miras quedito se ve como se le infla y desinfla la panza en lo que duerme soñando en un mundo más bonito. Pero cuando la sed lo despierta, empieza su pequeña travesura.

Una noche, mientras sus dueños dormían, Romeo se levantó con mucha sed. Caminó sigilosamente hasta el baño, saltó con destreza sobre el inodoro, sus patitas no emitieron sonido alguno, y luego escaló hasta el lavamanos. Con su patita ágil giró la llave del grifo, de izquierda a derecha, y dejó correr el agua. Observó el chorro cristalino y sintió una sensación extraña en sus bigotes cuando el agua salpicó su nariz. Iba a beber cuando escuchó:

—¡Oye, tú! ¿Por qué desperdicias el agua? —rechistó una diminuta gotita, que se había posado en la punta de su húmeda nariz.

Romeo abrió mucho los ojos y sacudió, sorprendido, la cabeza. Movía sus orejas perplejo de lo ocurrido. ¿Acaso el agua le estaba hablando? Mañana comienzo con la dieta, pensó, debo estar regordete y el azúcar se me subió.

—¿Quién eres tú? —preguntó, mirando a la gotita lleno de curiosidad.

—Soy una gota de agua, me llamo Gotín, y tú me estás desperdiciando cuando dejas el chorro

correr sin fin —respondió con firmeza—. No puedes abrir la llave y dejar que el agua se vaya sin razón. Hay muchos lugares donde falta, ¿sabes? No seas un gato bribón.

Romeo, confundido, ladeó la cabeza. No lo podía creer. Culpaba a los dos patés que en un sentón había acabado de comer.

—Pero el agua siempre está aquí. Cuando tengo sed, mis dueños llenan mi plato. Y si quiero jugar, la abro y sale sin problema, en amplios chorros a ratos.

Gotín suspiró y rodó hasta la punta del bigote del gato.

—Eso es lo que tú crees, Romeo, pero el agua no es infinita. Yo vengo de un largo viaje, fui nube, lluvia, río... y ahora estoy aquí, lista para ser usada con cuidado. Si todos desperdician el agua, un día podrías abrir el grifo y no encontrar gota alguna y todo el mundo quedará sumido en sed y hambruna.

Romeo pestañeó varias veces, pensativo. Nunca había imaginado que el agua tenía un viaje tan largo y complicado. Bajó la mirada al lavabo, donde el agua seguía corriendo sin parar, y sintió una punzada de culpa. Esto debía acabar. Con su patita, cerró la llave de inmediato y replicó con sus más sinceros maullidos.

—Lo siento, no quería desperdiciarte —dijo en voz baja y avergonzado—. Dime, por favor, ¿cómo puedo ayudar?

La gota de agua sonrió con un destello cristalino.

—Muy fácil —dijo Gotín—. Usa solo el agua que necesitas. No dejes los grifos abiertos. Avisa a tus dueños si hay fugas; comenta con los gatos de la cuadra que no desperdicien el agua. Recuerda que cada gota es valiosa.

Romeo asintió con determinación.

Desde ese día, cada vez que tenía sed, bebía solo lo necesario de su plato y nunca más dejó correr el agua sin motivo. Aprendió que el agua es un tesoro y que, aunque parezca inagotable, es nuestra responsabilidad cuidarla para que nunca nos falte.